

El papel de la universidad como agente de transformación social

José M. Tojeira

Resumen

Al hablar de la transformación social en el contexto universitario, y en particular en esta universidad, es lógico que recordemos la labor de diálogo en favor de la paz con justicia que emprendieron en un pasado no muy lejano quienes dirigían la UCA. Fijaré mis palabras en tres puntos. Comenzaré hablando muy brevemente sobre la experiencia de lucha en favor de la paz de mis compañeros universitarios asesinados en medio de esa labor en 1989. Continuaré recordando, desde el origen de las universidades, la vocación universitaria de introducir nuevas dimensiones de relación social en la convivencia y de establecer relaciones cordiales a través del conocimiento y el saber como principios de organización social. Y finalizaré reflexionando sobre la labor que las universidades deben llevar a cabo ante los conflictos sociales y especialmente en la situación de posconflicto. Por supuesto, son tareas que como ustedes verán corresponden a exigencias universitarias obvias, pero que se vuelven más urgentes durante y después de que un país sufra un conflicto social desgarrador, como es el de la guerra o la violencia interna.

1. Los jesuitas mártires en el trabajo por la paz

Como ya saben, en esta universidad seis catedráticos, sacerdotes en este caso, y dos mujeres dieron su vida a causa de su trabajo por la paz en El Salvador. Entre los sacerdotes, además de ser todos docentes, se encontraban el rector, el vicerrector académico y el jefe del Departamento de Sociología y director del Instituto de Derechos Humanos (IDHUCA) de la universidad. Su trabajo por la paz era resultado de una opción evidente por la justicia y por establecer relaciones de convivencia más democráticas y respetuosas con los derechos humanos.

En medio de una situación muy conflictiva en los años setenta, y después durante la guerra civil generalizada de 1981 a 1992, pusieron todos sus esfuerzos en convencer a las partes de que solamente una salida pacífica y negociada de la guerra civil beneficiaba al país. Y mientras laboraban en dicha tarea con diálogos, conferencias, escritos, entrevistas y propuestas a las partes en conflicto, defendían los derechos humanos, como camino indispensable de defensa de las víctimas, en su gran mayoría civiles. Su indispensable reflexión en torno a los costos humanos y la inutilidad de la guerra a la hora de solucionar problemas sociales y políticos iba unida a una constante investigación de la realidad nacional, de su cultura, sus migraciones, su economía, sus formas de ejercer el poder. Al inicio de la guerra civil en 1981, el rector de la universidad tuvo que pasar un año en el exilio, amenazado de muerte en un ambiente en que ninguna de las dos partes quería dialogar. Para unos el diálogo favorecería los intereses de Moscú, mientras para otros el conversar con el enemigo era una estrategia norteamericana para dar un respiro al Gobierno de turno. La estigmatización de los constructores de paz y defensores de

derechos humanos, y el intento de ubicarlos en uno u otro bando, se repetía una vez más en la guerra civil salvadoreña. Los partidarios de la solución militar y de la aniquilación del enemigo miraron siempre con desconfianza, y en ocasiones con odio, a estos universitarios artesanos de paz, al igual que a otros muchos docentes universitarios. Al final, el sector militar más agresivo, con el apoyo del Estado Mayor del Ejército, decidió asesinarlos. El asesinato de este grupo de ocho personas conmocionó a muchos en muchos lugares y originó una fuerte presión mundial a favor del diálogo y la paz en El Salvador.

Es muy probable, al menos así piensan algunos de los que tuvieron liderazgo en las conversaciones de paz, que lo que lograron con su muerte estos jesuitas fuera más eficaz para la finalización de la guerra que lo que habían conseguido en vida. Algunos observadores de la realidad salvadoreña solían decir que el magnicidio de monseñor Romero en 1980 posibilitó la guerra civil desde la indignación popular que levantó. Y que nueve años y medio después, el asesinato de los jesuitas y sus colaboradoras marcó el final de la guerra. Porque lo irracional¹ del crimen demostraba lo absurda que era la guerra que durante casi diez años, entonces, había asolado a El Salvador. Aunque las conversaciones de paz venían dándose desde 1984, prácticamente no se había llegado a acuerdos importantes. El diálogo, además, se había interrumpido tras una serie de atentados y asesinatos en que ambas partes habían participado. La ofensiva del 11 de noviembre de 1989, la misma durante la cual fueron asesinados los jesuitas, sumió al país en uno de los momentos más tensos de su historia. Seis meses después del asesinato en la universidad, en abril de 1990, las partes en conflicto se comprometieron ante el secretario general de las Naciones Unidas a iniciar de nuevo el diálogo, mediado por funcionarios de la misma organización. Y en

1 Sobre la irracionalidad del crimen, hay que advertir que así lo veía ya I. Ellacuría. "Sería tan irracional que me mataran" fueron palabras de él cuando un periodista en Barcelona le preguntaba si no tenía miedo de que lo mataran. La entrevista apareció publicada en el periódico *Avui*, de Barcelona, el mismo día (unas horas antes) de que el rector de la UCA fuera asesinado.

julio de ese mismo año, en el pacto de San José, Costa Rica, se logró el primer acuerdo dialogado, en el que ambas partes se comprometieron al respeto de los derechos humanos.

2. Del amor al saber al amor a la paz con justicia

Los jesuitas universitarios que trabajaron por la paz eran muy conscientes, desde que asumieron la dirección de la Universidad Centroamericana, de que la función universitaria en un país con graves injusticias sociales debía tener como responsabilidad el incidir en un cambio de estructuras desde el conocimiento y el saber. Continuaban en ese sentido la tradición fundacional universitaria que frente a los dos grandes principios de organización social del medioevo, el reino y el sacerdocio, el imperio y la religión, reflejado en la teoría de las dos espadas, introducían un tercer principio: el conocimiento y la racionalidad basada en el saber como principios organizacionales de la sociedad. Todavía en el siglo XIII, con algunas universidades ya fundadas, el pensamiento de las dos espadas seguía vigente como principio de organización social. El rey de Castilla, Alfonso X el Sabio, escribía en *Las partidas*, síntesis de legislación para su reino, lo siguiente: “E estas son las dos espadas porque se mantiene el mundo: la primera espiritual, e la otra tenporal. La espiritual taja los males ascondidos e la temporal los manifiestos”². Las universidades no eran en su fundación centros de profesionalización, sino lugares de cultivo del saber como patrimonio de todos. Y desde la universalidad del saber iban rompiendo barreras locales, al tiempo que establecían el conocimiento como fórmula de acercamiento universal. Ampliaban desde ahí el concepto de humanidad al tiempo que superaban diferencias entre ricos y pobres, y entre laicos y clérigos, que convivían juntos en los colegios universitarios. En *Las partidas* ya mencionadas, se estipulan leyes de protección para estudiantes y profesores,

que gozan de tregua (protección), independientemente de que hayan nacido en zonas de guerra, y tienen la capacidad de organizarse de un modo autónomo³. Así mismo, se legisla que las ciudades donde se erijan universidades sean ciudades con cualidades especiales de orden, limpieza y buenas costumbres, dado que van a albergar una nueva dimensión capaz de iluminar el espíritu y la naturaleza, las dos realidades que dan origen y fundamento al pensamiento de la época sobre las dos espadas. Se iniciaba así una nueva y potente manera de concebir el poder y la organización social, desde la reflexión y la investigación de lo que es la persona humana y la sociedad. El Renacimiento y la modernidad hubieran sido imposibles sin el aporte universitario.

Esta tarea y modo de ser fundacional de las universidades inspiraba en definitiva a estos jesuitas universitarios constructores de paz, dispuestos a poner el conocimiento y la investigación de la realidad al servicio de su propia época histórica, impulsando la justicia social. Veían, desde la investigación y el análisis de la realidad, la necesidad de cambiar estructuras socioeconómicas y culturales para asegurar la paz y la convivencia armónica en el país en el que trabajaban y en la propia región. Dieron la vida por su ideal de contribuir en la construcción de una sociedad pacífica y democrática, donde los derechos humanos y el desarrollo de las capacidades personales fueran patrimonio de todos, y generaran una nueva civilización inspirada en el trabajo humano y humanizante. Son un ejemplo para nosotros y nos inspiran también en estas labores de construir la paz con justicia y planificar el futuro. En ese sentido me inspiraré en el pensamiento y el discurso concreto de ellos para reflexionar sobre nuestras tareas en el presente. En algunos momentos utilizaré incluso frases de ellos, especialmente del P. Ellacuría, rector mártir, y esforzado constructor de paz desde

2 Prólogo a la *Segunda partida* del rey Alfonso X (versión digital de Linkgua).

3 *Segunda partida* del rey Alfonso X, título 31, ley 2.

la pasión por los pobres y la inteligencia universitaria⁴.

3. La universidad y la transformación social

Pensando hoy en el aporte universitario a la construcción de la paz, tenemos que partir de nuestra propia realidad latinoamericana. Aunque ha habido un proceso importante de reducción de la pobreza y, en menor proporción, de la desigualdad, y aunque es real que las universidades han jugado un papel importante en ello, lo cierto es que ni nuestras sociedades ni nuestros propios esfuerzos han logrado evitar que la pobreza continúe siendo una realidad crítica en nuestros países ni hemos conseguido reducir adecuadamente los niveles de desigualdad y de violencia estructural, generadores en buena parte de diversas formas de crimen y violencia. Hay experiencias en la reducción de la violencia muy interesantes en algunas ciudades colombianas y de otros países del continente, pero seguimos teniendo unos índices de homicidios demasiado altos en el contexto mundial, en buena parte originados en nuestros problemas de desigualdad y violencia estructural. La universidad, en este contexto, y para profundizar procesos de paz y transformación social, debe mantener su carácter crítico, autónomo, racional y ético. El modelo universitario ni puede servir para fortalecer o reproducir un sistema que oprima a las mayorías, ni convertirse en un apéndice de un partido o fórmula política concreta. Poner racionalidad y humanidad en nuestra realidad e instituciones debe ser una tarea prioritaria, fortalecida por la investigación de esa misma realidad. El crecimiento de las universidades de vocación casi exclusivamente profesionalizante nos plantea un desafío, porque prescinde en buena parte de la vocación constructora de civilización humana y humanista, poniéndose al servicio de la competitividad profesional, del servicio al mercado y del individualismo consumista

más que al servicio del saber que apuesta por la centralidad de la persona y el cultivo de su dignidad. Una recta opción universitaria en el campo de la investigación contribuirá a que estas mismas universidades se sientan animadas y desafiadas a reintroducirse en la tradición universitaria original de incidencia y transformación social.

a) Universidad que investiga

Al ser el mundo universitario una confraternidad de amantes del saber, la investigación resulta clave en la responsabilidad de nuestras instituciones. La autonomía universitaria, más que con la libertad de cátedra, debemos verla relacionada con este afán de investigación propio del saber y con una orientación ética de ese mismo anhelo, centrado en el bien común de nuestra gente. Para poder orientar la investigación en favor de un saber universal, y para poder concretarlo en las necesidades reales de un país, es necesaria la autonomía. Porque el saber es poder y hay grupos de poder y diferentes presiones económicas y sociales que impulsan exclusivamente en una dirección el desarrollo del conocimiento. Desde el poder político al mercado, pasando por muy diversas instancias, la investigación puede ser orientada a dimensiones no relacionadas con el bien común. La autonomía es, en ese sentido, la garantía de libertad para el cultivo de la ciencia, para la búsqueda de la aplicación concreta de la misma al bien común de nuestras propias sociedades y para la incorporación de lo encontrado en la investigación al proceso formativo de nuestros jóvenes.

La universidad tiene que velar por su carácter ético a la hora de investigar. En ocasiones un lenguaje estandarizado y poco preciso puede confundirnos. Insistir en orientar la educación hacia la productividad es en principio bueno. Pero solamente si en el concepto producción se incluyen tanto bienes

4 Especialmente, he tomado inspiración en las ponencias de Ignacio Ellacuría "Diez años después, ¿es posible una universidad distinta?" y "Una universidad centroamericana para El Salvador", publicadas en Ellacuría, I. (1999). *Escritos universitarios*. San Salvador: UCA Editores.

materiales como inmateriales. El mercado, que también habla de producción, no puede ser el que rijan la investigación de las universidades. Es la persona humana, sus necesidades, las dimensiones estructurales que inciden en su bienestar, estabilidad y felicidad, las que deben ser prioritariamente investigadas, especialmente en países como los nuestros en los que todavía tiene un gran peso lo que podemos llamar injusticia estructural. La relación con el mercado es importante e incluso necesaria, pero no para supeditarse a él en el campo de la investigación, que debe tener prioritariamente en nuestros países una dimensión orientada a lo público y al bien común.

b) Atención a la desigualdad

Si partimos de que la desigualdad de nuestras sociedades es en buena parte el origen de nuestra violencia, enfrentar este problema desde la imaginación, el conocimiento y la creatividad es indispensable para que la universidad tenga relevancia en la historia de nuestros pueblos. La universidad tiene que poner su centro fuera de sí misma, ubicarse en los problemas estructurales de la sociedad dividida en la que vive, investigando la realidad y haciendo propuestas de cambio, al tiempo que opta ética y solidariamente por los sectores empobrecidos y/o vulnerables. Estos últimos, los no pobres pero vulnerables, son el sector que en los informes del PNUD se muestra como el grupo social que más ha crecido en América Latina. Las mayorías que pertenecen al sector de la pobreza y de los no pobres vulnerables deben convertirse en el horizonte de nuestra actividad. En El Salvador es el 80 % de la población el que vive en esas circunstancias o bien de pobreza o bien de vulnerabilidad. En Honduras, Guatemala y Nicaragua, el conjunto de pobres y vulnerables ronda el 90 % de la población⁵. No hay duda de que nuestra Centroamérica, espe-

cialmente en los cuatro países más norteños, tiene un grave problema de desigualdad que termina generando diversas formas de inestabilidad, estancamiento y violencia interna. Frente a estos sectores vulnerables o empobrecidos, están quienes ingresan más de US\$ 50 diarios por persona año y que según el PNUD constituían solamente el 0.5 % de la población en El Salvador, Guatemala y Honduras. Aunque una parte importante del sector mayoritario sea caracterizado como no pobre, el hecho de llamarle vulnerable implica que en cualquier momento puede retornar a la pobreza.

Esta situación se agrava desde las tendencias del mercado a dejar a nuestros países en áreas marginales del mismo. Un nacionalismo desfasado, que no acaba de convencerse eficazmente de la necesidad de propugnar la unidad centroamericana y de caminar sistemáticamente hacia la misma, vuelve a nuestras economías sumamente débiles e incapaces de enfrentar con éxito su inserción en la economía global. La misma tendencia al calentamiento global vuelve más vulnerable a nuestra región, cada vez más sujeta a desastres naturales. El individualismo consumista, por su parte, refuerza la cultura del sálvese quien pueda, así como refuerza la tendencia al “delito aspiracional”. Lo que algunos sociólogos dicen de los jóvenes periféricos urbanos podemos ampliarlo en nuestras sociedades de migrantes a la gran mayoría de nuestros jóvenes: “Por un lado, los jóvenes de los barrios periféricos de las grandes ciudades asimilan masivamente las normas y los valores consumistas. Por el otro, la vida precaria y la pobreza les impiden participar plenamente en las actividades de consumo y en las diversiones comerciales. De esta contradicción surge con fuerza un chorro de sentimientos de exclusión y de frustración, al mismo tiempo que comportamientos de tipo delictivo”⁶. La violencia, agravada

5 Los datos que mencionamos están tomados del documento del PNUD. (2016). *Informe regional sobre desarrollo humano para América Latina y el Caribe. “Progreso multidimensional: bienestar más allá del ingreso”*. Nueva York: Autor.

6 Lipovetsky, G. (2013). *La felicidad paradójica*. Barcelona: Anagrama, pp. 183-184.

por la situación como corredor de droga de Centroamérica, se convierte en endémica, dada la condena irremisible para demasiados centroamericanos a una exclusión de unos derechos básicos cada vez más conocidos a través de los medios de comunicación y los propios parientes emigrantes. Pues “lo que convierte a los excluidos del presente en clases peligrosas es la irrevocabilidad de su exclusión y las escasas posibilidades que tienen de apelar la sentencia”⁷.

Esta situación no puede ser ajena a la universidad, porque la universidad es una entidad creadora de cultura. Y una cultura que consagre la desigualdad, la pobreza, la violencia y la vulnerabilidad disiente tanto del espíritu fundacional de la universidad como del humanismo que la misma debe cultivar desde el saber y desde su propia responsabilidad social. Desde el horizonte de los empobrecidos y los vulnerables es desde donde la universidad debe buscar caminos para la construcción de una sociedad y una civilización diferente que consolide la paz. Los instrumentos universitarios del estudio, la investigación, la reflexión y los valores que los sustentan deben ponerse al servicio de la universalización de los derechos humanos en nuestros países y el desarrollo de las capacidades de nuestra población.

En este contexto creo que es evidente que en América Latina tenemos una cultura de la desigualdad, especialmente desde nuestro pasado colonial marcado por la explotación y por la imposición de una sociedad de castas. Nos hemos acostumbrado a esa cultura, a aceptar la desigualdad sin que nos conmoviera o nos indignara. El prócer de la independencia americana Simón Bolívar insistía críticamente, poco después de la independencia de Sudamérica, en la permanencia perjudicial de “una aristocracia de rango, de empleos y de riqueza equivalente, por su influjo, pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia

de los títulos y de nacimiento, aun la más despótica de Europa; que en esa aristocracia entran también los clérigos, los frailes, los doctores o abogados, los militares y los ricos, pues aunque hablan de libertad y de garantías es para ellos solos que las quieren y no para el pueblo, que, según ellos, debe continuar bajo su opresión”⁸. Con diversos matices, aquella situación que la propia independencia no supo corregir ni prevenir en su momento continúa siendo una realidad entre nosotros. Situación que con el paso del tiempo se ha convertido en un fenómeno cultural que solo desde la cultura puede corregirse.

Y es precisamente en el campo de la cultura, en cuanto cultivo de la realidad, donde trabaja la universidad y donde tiene responsabilidad de incidir y transformar. De hecho, la universidad cultiva la realidad desde la racionalidad, desde los valores de humanidad y desde la ciencia; y de esa manera se convierte en un interlocutor especialmente válido para la transformación de la realidad, porque la desigualdad extrema no es nunca racional ni conduce al desarrollo humano. Aunque el cultivo de la realidad no es exclusivo de la universidad, lo cierto es que nuestras instituciones cultivan no solo la ciencia, sino también el conocimiento de las técnicas transformadoras de la naturaleza, del ser humano y de la sociedad. Y no podemos ni debemos dejar exclusivamente en manos de otros el cultivo transformador de la realidad, bien sea en quienes buscan el poder político, aunque tengan buena voluntad, bien sea en cualquier otro tipo de liderazgo económico o social que se pretenda salvador de nuestros pueblos. Mucho menos podemos delegar la tarea y dejarla en manos de liderazgos sociales o económicos que buscan la sujeción de los pueblos a intereses y beneficios de grupos y sectores particulares, manteniendo a largo plazo una desigualdad insana. La universidad, desde el cultivo del saber, debe buscar una civilización diferente a la actual, que tiende a priorizar el capital sobre el trabajo, el

7 Bauman, Z. (2013). *Tiempos líquidos*. Barcelona: Tusquets, p. 100.

8 Descripción de la situación social que hace Bolívar de Colombia, citada por John Lynch en *Simón Bolívar*, p. 213. La cita está tomada de Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*, pp. 112-113.

tener sobre el ser. En pugna con la civilización del capital, que prioriza la acumulación de la riqueza como motor de la historia y del desarrollo, el futuro de América Latina dependerá de si las universidades y otros sectores sociales y políticos logran impulsar una cultura en la que el trabajo sea la base de la humanización de nuestras sociedades. Un trabajo que sea simultáneamente capaz de crear riqueza, redistribuirla con baremos de justicia y, al mismo tiempo, contribuir a la autorrealización personal, a la satisfacción de necesidades humanas y al desarrollo social⁹.

c) Creadores de conciencia

El saber es uno de los mayores poderes porque se nutre de los elementos más transformadores de la persona humana. Un poder desarmado y que debe mantener siempre su independencia de todo poder coercitivo o violento. El conocimiento de la integralidad del ser humano, de la naturaleza en la que está integrado, de las estructuras sociales en las que se mueve, e incluso del mundo de las emociones, sentimientos y valores, es indispensable para el ejercicio de la racionalidad y del espíritu científico que puede dar peso e incidencia de la universidad en la conciencia de la humanidad. Es muy conocida y con frecuencia repetida la cita del joven Marx cuando decía que “la teoría se convierte en poder material cuando se apodera de la conciencia de las masas”¹⁰. Por eso resulta indispensable que nuestras universidades se mantengan cerca y en continua relación con las mayorías empobrecidas, golpeadas o en

riesgo de exclusión en nuestras sociedades. Una nueva cultura, una nueva civilización, solo puede crearse desde el enriquecimiento mutuo entre la vida cotidiana de las mayorías y la reflexión e investigación universitaria si se da en el horizonte de los empobrecidos y de las necesidades básicas del ser humano. El contacto con las víctimas de la historia da además a la palabra universitaria la beligerancia que necesita para poder incidir con mayor efectividad en los cambios culturales, económicos y sociales. Frente a posiciones irracionales, manipulaciones ideológicas o claras injusticias, la beligerancia de la palabra no significa grito, sino racionalidad puesta sobre el tapete del debate, que clarifica la realidad que golpea la dignidad humana, activa el compromiso de humanizar la sociedad y da firme esperanza respecto a la construcción y planificación de un futuro necesariamente más humano y más justo. La responsabilidad de cargar con la realidad y encargarse de ella, como decía Ellacuría, lleva a responsabilizarse frente a una realidad dura e injusta y a comprometerse con ella desde el saber en cuanto puede ser transformada, humanizada y consiguientemente mejorada.

La creación de conciencia solo puede lograrse desde esa humildad del que sabe acercarse a la realidad de los más pobres. San Agustín, uno de los grandes pensadores de Occidente, insistía en buscar la verdad con esa actitud: “Busquemos como si hubiéramos de encontrar, y encontremos con el afán de buscar. Cuando el hombre cree acabar, entonces principia”¹¹. Desde este espíritu de

9 Ignacio Ellacuría insiste en que el “trabajo no tenga por objetivo principal la producción de capital, sino el perfeccionamiento del ser humano. El trabajo, visto a la par como medio personal y colectivo para asegurar las necesidades básicas y como forma de autorrealización, superaría distintas formas de auto y heteroexplotación y superaría, así mismo, desigualdades no solo hirientes, sino causantes de dominaciones y antagonismos”(Ellacuría, I. [2000]. Utopía y profetismo desde América Latina. *Escritos teológicos II*. San Salvador: UCA Editores, p. 275).

10 Marx, K. (1844). *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel*. La cita en su contexto dice lo siguiente: “Es cierto que el arma de la crítica no puede sustituir a la crítica de las armas, que el poder material tiene que derroscarse por medio del poder material, pero también la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas. Y la teoría es capaz de apoderarse de las masas cuando argumenta y demuestra *ad hominem*, y cuando se hace radical. Ser radical es atacar el problema por la raíz. Y la raíz, para el hombre, es el hombre mismo”.

11 Agustín de Hipona. (1956). *De Trinitate*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, libro IX, cap. 1, n.º 1.

búsqueda humilde, la investigación, cualquiera que sea su disciplina y dimensión técnica o social, debe considerarse siempre como un servicio a las verdades más profundas y más innegables de la existencia humana: la igual dignidad de todos los seres humanos, el desarrollo de su capacidad de autonomía y libertad, y su indispensable y necesaria solidaridad, dada nuestra radical unidad y vulnerabilidad como especie. El cultivo de la memoria, el reconocimiento de las víctimas de la historia, contribuye desde la universidad a despertar las potencialidades de las víctimas en la construcción de la vida social y comunitaria. Porque, efectivamente, el recuerdo vivo de las víctimas tiene el efecto de despertar una sana indignación con la injusticia, una eficaz solidaridad con las víctimas, un anhelo de justicia como camino de restauración de la paz social, e incluso un sentido de festividad y alegría frente a aquellas víctimas que desde su generosidad y su entrega al bien demuestran la superioridad de la víctima sobre el verdugo. Porque hay víctimas que desde su debilidad contribuyen a cambiar la naturaleza de los débiles. El caso de Mons. Romero es claro: de víctima indefensa, sin investigación adecuada ni juicio, pasó a convertirse en ícono mundial del derecho de las víctimas a la verdad, como lo muestra la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas proclamando el día de su muerte como el día del derecho mencionado.

Estas reflexiones deben llevarnos a orientar el papel de nuestras universidades, en general y especialmente en tiempos de posconflicto, hacia el cambio estructural de nuestras sociedades. Los instrumentos con los que trabaja la universidad son colectivos y de orientación estructural: la ciencia, la técnica, las profesiones, la propia universidad son conjuntos sociales orientados al funcionamiento estructural de nuestras sociedades y, por tanto, con una clara dimensión política en el sentido amplio de la palabra, como organización de la *polis*, de la convivencia ciudadana. Sería absurdo en ese sentido que ese instrumento universitario que opera colectivamente y que

está orientado hacia lo estructural lo convirtiéramos en un instrumento al servicio del desarrollo puramente individual, tanto de docentes e investigadores como de estudiantes. Terminaríamos reforzando la cultura imperante de la desigualdad y la competitividad individual, del individualismo consumista y con frecuencia excluyente, cuyos resultados hasta el presente han estado tan llenos de contradicciones, choques y tensiones.

d) Apostando por la construcción de élites diferentes

Esto plantea la relación que nuestras universidades deben tener con nuestros estudiantes. En realidad, la única justificación para invertir en una élite es la de que solo con buenos profesionales se puede llevar a cabo la transformación estructural de nuestros países. En ese sentido, la excelencia académica, indispensable para ello, debe ir unida a lo que podríamos llamar desarrollo de la excelencia ética o moral. Todos sabemos hoy cómo la ciencia puede utilizarse positiva o negativamente. El saber no garantiza nunca el bien si se desprende de una racionalidad humanista, si abandona una moralidad universalista y se pone al servicio de intereses exclusivamente económicos, bélicos o de control y manipulación social. Sería absurdo invertir los recursos escasos de nuestros países en una élite que desde la universidad pública o privada terminaran teniendo con sus profesiones unas ganancias desproporcionadas a la inversión hecha. Y que además no garantizaran una utilización socialmente responsable de lo profesionalmente ganado. Apostar por la formación de élites con conciencia de la realidad y con voluntad solidaria de reconstruir el tejido social desde la justicia y la convivencia pacífica es indispensable para que la universidad sea creadora de conciencia.

En una posguerra, cuando la sociedad no ha tenido recursos para oponerse adecuadamente a los excesos del poder, muchas veces traducidos en brutalidad y crímenes de lesa humanidad, la universidad debe ser maestra

en una moralidad externa al poder y crítica con sus excesos. Esto solo lo conseguiremos si en la base de la universidad están los derechos humanos y la responsabilidad social del conocimiento que busca siempre el bien común. Este ejercicio de moralidad externa al poder debe ser eminentemente público. Pero los valores subyacentes a las posiciones éticas de la universidad deben también convertirse en objeto de estudio y de esta manera trasladarse a nuestros estudiantes. Como decía un colega rector hace algunos años, de poco sirve formar excelentes profesionales para sociedades fracasadas, si no son posteriormente capaces de transformar, desde la actividad profesional y el saber, las estructuras y los procesos que llevan al fracaso, la desigualdad y la división interna a nuestros países. En esta formación ético-moral es necesario acercar a nuestros alumnos a la realidad de nuestras sociedades, desarrollando en nuestras universidades formas y metodologías de encuentro de nuestros estudiantes con las víctimas de la historia. Solo así se generará tanto empatía como confianza social. Y, en definitiva, se ayudará a nuestros jóvenes no solo a visibilizar la problemática estructural de nuestras sociedades desde las necesidades de los empobrecidos y excluidos, sino a generar un tipo de reciprocidad que contribuya a restaurar el tejido social, desgarrado por la guerra y la violencia. En el pasado, nos hemos preocupado más por la ideología que por la empatía. No hemos manejado adecuadamente el dinamismo recíproco del dar y el recibir. Poner bases de relación constructiva entre nuestros estudiantes y los sectores excluidos o en necesidad, ayudarles a experimentar una relación de solidaridad y de servicio mutuo, aprender a aprender de los que están en necesidad, es base fundamental para el desarrollo de un futuro comunitariamente estable y un pensamiento social eficaz. Aunque la universidad tiene que abrirse mucho más, hasta incluir en ella a todos los jóvenes que tengan capacidad y vocación de crecer en el conocimiento científico y racional, independientemente de su situación económica o social, en el momento

actual debemos insistir más en el a dónde van quienes han llegado a la universidad que en el de dónde vienen. Un hacia dónde que marque una direccionalidad transformadora y comprometida con la justicia social y el desarrollo solidario, que incluya posteriormente a todos y todas en el saber y el bienestar, independientemente del de dónde vengan.

e) Autocrítica y generosidad

Un último aspecto indispensable para los tiempos de reconstrucción nacional es la autocrítica permanente de la propia universidad. La universidad ha tenido permanentemente la presión de la sociedad para convertirse en una estructura al servicio del Estado o de la burguesía imperante. Los reyes absolutos en el siglo XVIII se nutrieron de las universidades, extrayendo de ellas a sus funcionarios. Las sociedades capitalistas buscaron muy pronto el control económico y comercial de la ciencia, y a través de ese control trataron de incidir en la universidad. En el socialismo realmente existente, la universidad repetía las consignas ideológicas obligatorias de la ortodoxia política. El peligro de reproducir lo ya dado, en todo caso mejorándolo un poco, es permanente. Caminar lentamente, sin riesgos y con comodidad, es una tentación permanente para todas las instituciones. Pero sería absurdo que, después de una etapa histórica desgarradora para nuestras sociedades, no tuviéramos la capacidad intelectual de analizar causas e invertir conocimiento y razón en la transformación de dichas causas en la medida en que permanecen. La investigación de la propia realidad nacional en sus diversos aspectos, base de toda vida universitaria, resulta indispensable tanto para fortalecer la propia libertad académica, como la capacidad autocrítica y el diseño del rumbo y las opciones universitarias. La propia composición social del cuerpo universitario, mayoritariamente perteneciente a clases medias y medias altas, puede sepultarnos en una burbuja aislada de la problemática nacional. La investigación de los problemas que repercuten en el malestar de las mayorías facilita el acercamiento al pueblo

desde los propios instrumentos de investigación, reflexión y propuesta universitaria. Solo así cultivaremos el saber no en beneficio del dominio de élites, sino de la liberación de los grandes sectores excluidos o marginados. La autonomía universitaria y la libertad de cátedra no pueden contemplarse exclusivamente como simple libertad administrativa o de palabra, sino como capacidad de impulsar desde el conocimiento y la razón caminos de concordia y desarrollo integral humano y social. O incidimos desde la razón humanitaria y compasiva y desde nuestra libertad en la sociedad en la que vivimos, o quedamos sujetos a la libertad del más fuerte. La palabra instruida, eficaz e incluso beligerante cuando sea necesaria es parte de la responsabilidad universitaria frente a la realidad.

Reconstruir una sociedad en paz y desarrollo solidario es posible. Las universidades contamos con el equipamiento intelectual adecuado para lograrlo. En estas breves palabras he esbozado algunos aspectos, muy sintética y concentradamente, que nos muestran la problemática y las dificultades para lograr desde nuestra tarea la construcción de la paz y de un futuro justo. Pero también perfilan y enuncian líneas de trabajo que nos llevan a incidir en la sociedad de tal manera que la injusticia social, la violencia e incluso la guerra civil no sean ya posibles en nuestra historia. Las divisiones, si el conocimiento, la conciencia y la racionalidad universitarios se hacen presentes eficazmente, obliga siempre a un diálogo fraterno y respetuoso de los derechos de todos, y a soluciones acordadas amistosamente. Las universidades tienen mártires y han demostrado, desde el coraje intelectual de los mismos, la capacidad de ser fieles a su misión. A nosotros nos toca honrarlos venciendo hoy, desde el saber y el diálogo, toda forma de violencia.